

MAPA SONORO DE CHILE

por GABRIELA MISTRAL

SE nos ocurre que la radio podría dar, ella y no otra, un ensayo de «mapa audible» de un país. Ya se han hecho los mapas visuales y también los palpables, o sea los de relieve; faltaría el mapa de las resonancias, que volviese una tierra «escuchable».

La cosa vendrá, y no muy tarde: se recogerá el entreveramiento de los estruendos y los ruidos de una región; sin tocar las facciones del suelo, colinas ni ciudades, posando angélicamente los palpos de la Radio, sobre la atmósfera brasilera o china, se nos entregará, verídico como una máscara, impalpable y efectivo, el doble sonoro, el cuerpo sinfónico de una raza que trabaja, padece y batalla.

Mientras ello viene, démonos al antojo bizarro de intentarlo con nuestra República de Chile, a puro relato aproximativo.

El país, para esto como para otros menesteres, resulta arduo. La caja de sonidos es larguísima de recorrer y de atrapar. Hay que escuchar como el venado, con oreja no solo abierta, sino tendida en tubo captador.

Es casi la mañana. En la región Norte (pampa salitrera —costra cuprífera y de platas y oros—) resuenan barretas, picos y palas en un infierno rítmico; se descascara a golpe brutal y numérico, o se dinamita, el llamado Desierto de la Sal. En las pausas de silencio se oyen máquinas moledoras de la pasta salvaje llamada «caliche», piedra y sal, ganga y polvo.

El Desierto de la Sal amasó y remató al hombre chileno, bien plantado, bien fundado, logro cabal de la carne americana. El ha salido de su pelea con la costra calichera, y de su vida de pecho a pecho con el mar. Cuentistas y poetas, cuando quieren decir al hombre nuestro, no lo hacen sino marino o minero, y dicen así sus dos forjas naturales.

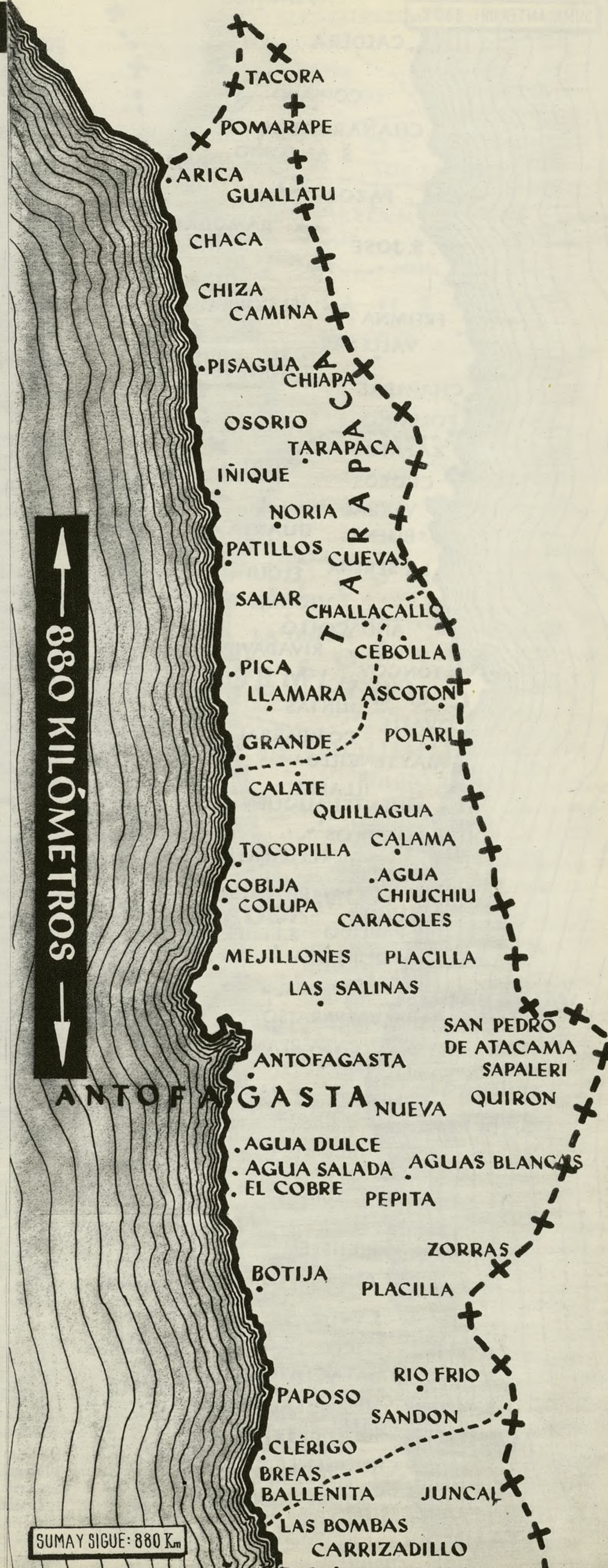
Más abajo, sobre Atacama y Coquimbo, donde comienza la vegetación, el barroteo y la picadura es la misma, neta y testadura; pero se muelen materias más nobles: el cobre, sangre de nuestra Geología; la plata, que después de haber sido abundante, ya ralea y hurta el bulto. El oro no sale de minas; en la montaña un poco mágica de Andacollo, el oro va por arroyos y regatos, en pepitas de mostaza o de arroz. Estas aguas milagrosas, que nacen al pie de un templo indígena, mantenían antes a grupos de naturales que no querían violentarlas por no extinguirlas; hoy dan de comer a siete mil hombres en jornada diaria.

Trenzado con el estruendo de los picos, oye la oreja delgada el jadeo del hombre. No se le ve ni hace falta: tiene el pecho ancho labrado por el gran resuello, cara de matador de piedra y cuando se endereza de calar y descuajar, una criatura camina con la marcha de lo que es: va como el dueño de todo el suelo y parece que clavara con el talón señor cada uno de sus pasos.

Saltar ahora, echando la oreja en flecha tirada al Sur. Hay primero un alboroto de puerto, del puerto mayor del Pacífico que mentamos con donoso nombre español, Valparaíso, Valle del Paraíso. Si hemos navegado desde San Francisco, nos dolimos en las costas tropicales de la falta de un puerto patrón y patrón de aguas; pero al llegar a estas alturas, echaremos un ¡aleluya! Valparaíso vale para segundón de San Francisco; Valparaíso cumple por la costa sudamericana entera.

Los barcos entran y salen de la bahía arriesgada a los vientos y que la terquedad de los chilenos forzó, obligándola a volverse desembarcadero. Hierve en malecones y agua un pueblo vivo que parece marsellés o catalán; va y viene un cardumen de tráfico marítimo, que grita en inglés y en español, las picantes interjecciones marineras. Valparaíso hace lo suyo. Lo suyo son veinte mil barcos anuales recibidos y lanzados; lo que lanza son las industrias novedosas y garridas de la zona, que él distribuye a lo largo del trópico; lo que recibe son los azúcares, los arroces tropicales y la maquinaria yanqui e inglesa, que en poco más también se hará por nosotros mismos, territorio adentro.

Un mar violento y voluntarioso, el mar nombrado con su adjetivo opuesto de Pacífico, excita y espolea con yodos y sales a los grupos de descargadores, de grumetes y gente de pesca. Es una agua digna de griegos, brava y humana, ni el caldo hirviendo del Ecuador, ni la plancha mortecina del Círculo Austral. ¡Bahía mayor de Valparaíso! Anda en no-



SUMA ANTERIOR: 880 Km.

PUANIOS

CALDERA

COPIAPO

CHAÑARCILLO

S. ANTONIO JORQUERA

PAZOS

S. JOSÉ

EL CORRAL

FREIMNA VALLENAR

BONETE

CHAPARAL

POLININO

ZAPATOS

CHOROS

VERBAL

BUENA

GUANTA

LA SERENA

ELQUI

VICUÑA

ANDACOLLÓ

RIVADAVIA

TONGOY

COQUIMBO

JUNTAS

OVALLE

COMBARBALA

MAYTENCILLO

ILLAPEL

HUENTELAUQUEN

LOS VILOS

MERCEDARIO

MOLLES

ACONCAGUA

LIGUA

PAPUDO

PETORCA

CAGUA

S. FELIPE

QUILLOTA

VALPARAISO

VALPARAISO

CASA BLANCA

JUNCAL

SANTIAGO

SANTIAGO

CARTAGENA

S. BERNARDO

MELIPILLA

BUIN

RANCAGUA

O'HIGGINS

PICHELEMU

RENGO

COLCHAGUA

S. CRUZ

LUCO

CURICO

MATAQUITO

MOLINA

CUREPTO

CURICO

PUTÚ

TALCA

MAULE

CAUQUENES

S. JAVIER

LINARES

ITALA

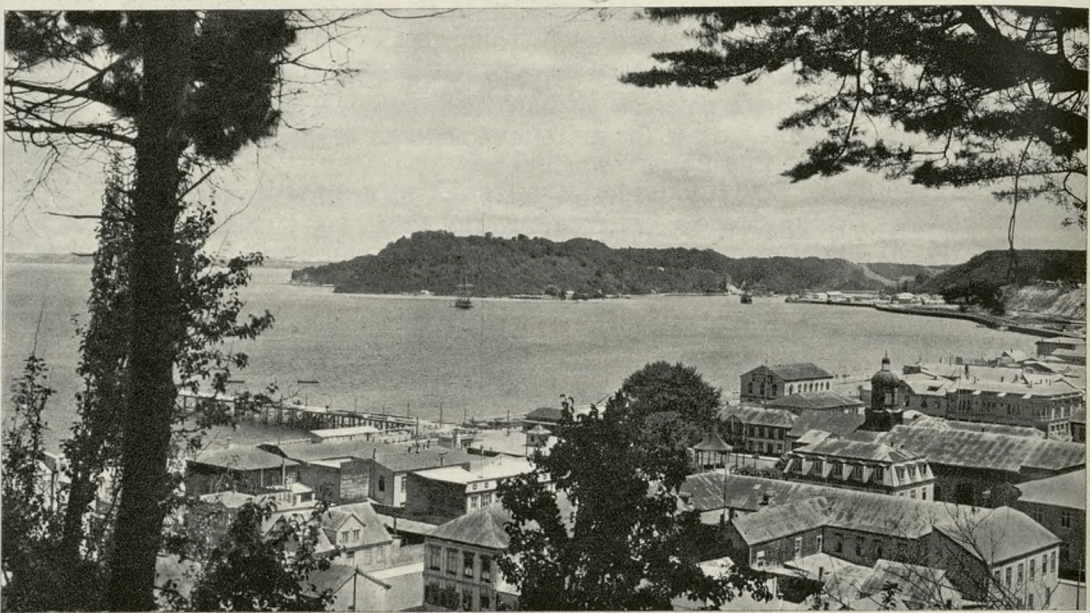
ITALA

PARRAL

SUMAY SIGUE

QUIRIBITE

1.000 KILÓMETROS



De arriba a abajo, tres vistas de Chile: Palmas de Ocao, Puerto Montt y Cerro Payne, de Punta Arenas.

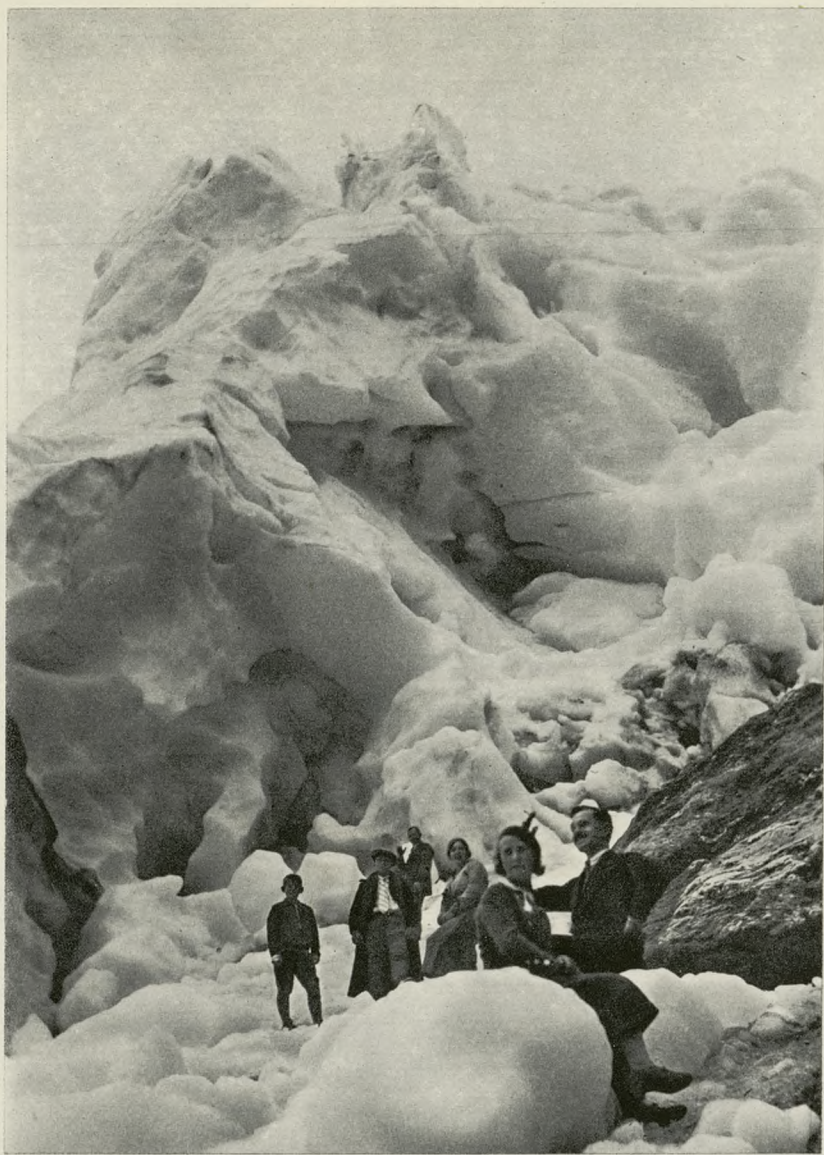
velas y poemas ingleses y noruegos. Quien navegó la conoce y «la cuenta» siempre al contar sus mares.

La oreja se suelta ahora de la costa, porque el oído, como el ojo, cambia con gusto de pasto y más le place seguir que quedarse.

Estamos en el interior, sobre región de nombre preciso, en el Llano Central, gloria botánica de Chile. El valle del Ródano es más corto, el del Pó lo mismo, el del Nilo se le parece en la longura y la generosidad de sus limos.

Corre un aire suave y dulce, sobresaltado de poco viento, y los olores del agro se duermen en la caja profunda del Llano. Las resonancias han mudado desde el desierto hasta aquí, los sonidos se humanizan y se ablandan sobre el suelo de pulpa y el aire de poca ráfaga. El mar y la montaña, grandes, agitados, se hallan distantes. Es el clima, por excelencia, de Ceres, seguro, estable, clima de matriz de Tierra o de mujer. En otras partes del mundo, vivir será la riña rabiosa y enlodada contra el peñasco o la marisma, allí vivir se llama complacencia y seguro, destino natural del hombre hijo de Dios.

Las viñas y los huertos frutales se reparten aquel suave corredor terrestre, una luenga faja verde sin llaga de aridez, deleite de castas agrarias. Hay riegos suficientes que dan nuestras aguas de ingeniería, en canales lentos y eficaces. Los rectángulos pulcros de granjas, las provincias agrónomas, corresponden a melocotones, manzanos y viña, más abajo, a los anchos paños de trigos; provincias de color y de aroma, departamentos frutales, distritos granjeros. La gente latina no logró sobre hogar mediterráneo viñado ni pomarada mejores que los del Valle Central de Chile.



Arriba: El ventisquero Vergara.—
Abajo: Pescadores de Puerto Montt

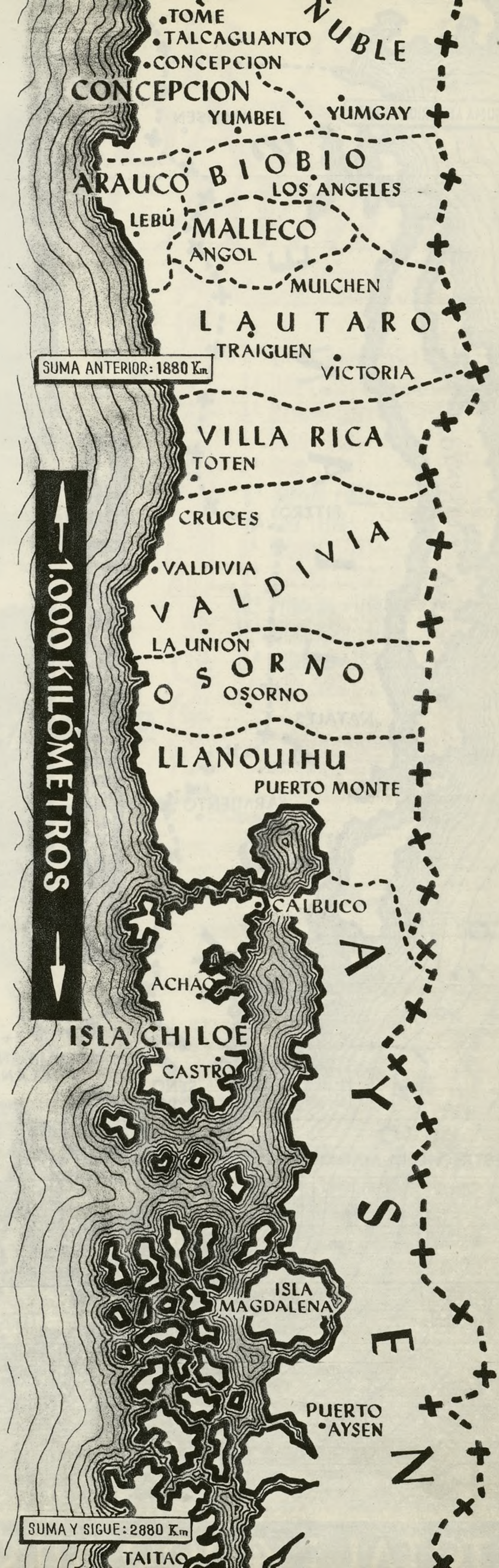


Todavía atraviesan aquí y allá antiguos arados romano-españoles, con su crujido de queja de hombre, pero lo más frecuente va siendo la maquinaria agrícola, luciente y rápida, que pasa con un chis-chas de banda de langosta o con pequeño estruendo de aceros musicales, echando ascuas a lado y lado del campo.

Este aire rural tiene más canciones que los otros que dijimos. Las mujeres deshieran, podan y vendimian entre canto y comentario. En el vocerío de la trilla clásica del Aconcagua o Chillán, y en la algarada de la vendimia de Coquimbo, cabrillean gritos y hablas de mujeres y niños. La oreja se da cuenta de que aquí sí las voces del «homo» y la «fémina» son diversas como dos continentes y dos órdenes. El hombre grita a lo hondero, con pedrusco lanzado; la mujer silba o modosea a lo codorniz y a lo tórtola, ya sea que cante o que solo «diga»: es el habla sudamericana la más dulce de este mundo, el más tierno acento hablado por hijo de hombre.

Ahora ya rematamos el viaje. La Patagonia estará muy lejos; pero la rete-nemos contra Geografía y destino y debemos decirlo.

En esta inmensa meseta austral se oye, cuando algo se oye, una marea salvaje que pecha entre los canales y forcejea en el Gran Estrecho. Hacia el interior apenas poblado, hay unos silencios de hierbas inmensas, de gruesos y dormidos herbazales, que se parecen al estupor que dan los témpanos en el último mar. De cuando en cuando, gritos alzados y caídos de pastores que arrear con dos o tres notas quebradas y subidas.





Arriba: En la variada geología de Chile, el volcán Osorno destaca en impresionante perfil.—Abajo: Una panorámica en la isla Chiló.

Y en las estaciones malas, es el viento patagón, bastante peor que el simún y la tramontana, el que hace su fiesta desesperada sobre la llanura sin atajo, en la carrera de búfalos rompedores de unas praderas estragadas y contritas. Pero vuelve el silencio de las praderas buenas, donde paca la oveja innumerable, que bala a la tierra verde, su madre y su costumbre. La oreja se duerme en esta anchura blanca o verde, y el que goza este encantamiento por unos años, se enviciará en silencio, como el ojo se enviciará en extensiones.

Yo me gocé y me padecía las praderas patagónicas en el sosiego mortal de la nieve y en la tragedia inútil de los vientos, y las tengo por una patria doble y contradictoria de dulzura y desolación.

Se ha acabado el mapa audible de Chile. Recordando el otro, el visual, largo como un remo, y que he acertado en lo posible, ha de perdonármese el tendido abuso que he hecho de su cortesía como de mis alientos. He querido regalar a vosotros, españoles, en recuerdo del padre Luis de Valdivia y de Juan Sebastián Elcano, una oleada de resonancia del Chile remoto, que es mío y de vosotros.

TOTAL: 4.000 KILÓMETROS DE NORTE A SUR